

THE BEST AFFAIRE:

La cita perfecta
Lina Galán



Lina Galán

The Best Affaire: la cita perfecta

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lina Galán, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019, 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2022

Depósito legal: B. 19.065-2021

ISBN: 978-84-08-25169-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

La mayoría de la gente parece odiar los lunes. Supongo que los gustos y las preferencias de cada uno están relacionados directamente con su forma de ser. Si se es una persona alegre, divertida, sociable y rodeada de amigos con planes, está claro que el fin de semana es aquello que anhelas el resto de los días, y los lunes se convierten en un infierno personal. Lo que no es mi caso, puesto que voy a mi rollo, apenas tengo amigos, no soy nada divertida y bastante poco sociable. Mi idea de diversión es relativa, pues con mi vida social casi nula, pasa por leer un buen libro, pasear, viajar cuando mi economía me lo permite e, incluso, trabajar. Y, dicho esto último, ya he demostrado lo que la gente suele pensar de mí: que soy la chica rarita, incluso la tía borde que parece no querer cuentas con el resto del mundo. He llegado a la conclusión de que suelo caer mal a la gente, pero tampoco me importa demasiado. Puedo vivir con ello.

Para mí, un lunes consiste en levantarse con energía, encarar el día y entregarte a aquello que te guste hacer, ya sean los estudios o una buena ocupación, cualquier cosa que consiga esa motivación extra que hace que la alarma del despertador no sea el sonido que más odies en el mundo.

Aun así, como la mayoría, tengo días buenos, días malos y días peores.

¿El peor día de mi vida? Pues podría ser hoy mismo, el día que me he quedado sin trabajo, más concretamente sin trabajos, puesto que, para mantenerme de forma autónoma e independiente, más la bajada de sueldos que ha propiciado la crisis, me vi obligada a compaginar mi trabajo de mañana como profesora suplente en un instituto de secundaria con hacer por las tardes de guía turístico-cultural por Barcelona.

Me pareció bastante triste y deplorable que, después de mi esfuerzo y el de mi familia por proporcionarme unos estudios, no tuviese suficiente con un solo trabajo, pero supongo que no debo quejarme, pues me he encontrado a antiguas compañeras de facultad trabajando en lugares tan variopintos que me sentía la más afortunada.

Mientras duró.

Soy graduada en Historia del Arte, por lo que me encantó encontrar un empleo como profesora suplente, pero como el alquiler de cualquier piso en Barcelona, por mucho que fuese compartido, se comía mi humilde sueldo y yo también he de comer, no tuve más remedio que amortizar mis conocimientos de idiomas y trabajar también para una agencia de viajes organizando a grupos de guiris para guiarlos por Barcelona y hacerlos deleitarse con la arquitectura de Gaudí, la ruta modernista o el barrio Gótico. Me pasaba la tarde correteando de un monumento a otro, aunque, como parte buena, puedo decir que me iba de fábula para contrarrestar el estrés adquirido con los adolescentes del instituto y para ahorrarme la cuota de un gimnasio, puesto que se trataba de visitar el mayor número de lugares turísticos de la ciudad en el menor tiempo posible, lo que me ayudaba a mantenerme en forma sin gastar un euro.

El problema radica en que todo parece moverse bajo

los mismos hilos, porque el discursito suele ser estándar a la hora de echarse de un trabajo sin más. Y, por supuesto, todo el mundo tiene presente la palabra que parece que los haga sentirse un poco menos culpables, como si mencionarla te eximiese de cualquier responsabilidad: la *crisis*.

—Lo siento de veras, Sara —me ha dicho esta mañana el director del instituto—, pero si ya era un problema que hubiese pocos alumnos que eligieran tu asignatura como optativa, los recortes en educación han propiciado que tengamos que prescindir de los profesores suplentes. La crisis, que hace estragos.

—Pero la otra profesora todavía está de baja —me he quejado yo.

—Nos tendremos que apañar. Que tengas suerte, Sara.

No he tenido fuerzas ni para llorar. Únicamente he recogido mis cuatro cosas, las he metido en una caja de zapatos y me he ido directamente a la oficina de la agencia de viajes, donde me esperaba mi jefe con cara circunspecta.

—Perdone por no avisarla con antelación, señorita García, pero yo mismo acabo de enterarme. Ha habido un recorte de plantilla y la mayoría de los guías están despedidos.

—¿¿Qué?! —he gritado—. ¡No puede ser! ¡¿Aquí también?! Pero ¿por qué?

—Recortes, falta de dinero... Y que su trabajo pueden hacerlo estudiantes de prácticas por mucho menos. Algunos alumnos de Historia lo hacen solo por unas monedas de propina. Cosas de la crisis.

Ahí estaba, la palabra mágica, como si de esa manera me quedase más tranquila cuando me estaba enviando a la cola del paro. Qué asco de precariedad laboral; qué asco de empresarios, que cada vez se hacen más ricos mientras los trabajadores nos hacemos más pobres. No

tienen bastante con pagarnos poco, que ahora querrían que trabajásemos gratis...

Así que aquí estoy, subiendo al autobús, que es el mismo de siempre y hará el mismo recorrido, pero hoy no estoy de humor para ver las cosas igual. La amable señora que suele sentarse a mi lado me parece hoy más gorda, más fea y más pesada, pues no deja de parlotear una sarta de tonterías sobre su visita al otorrino. El simpático jubilado que normalmente me cuenta sus batallitas me parece hoy un viejo verde que no deja de mirarme el escote. Y el adorable bebé que va siempre en el regazo de su madre está haciendo que me piten los tímpanos con tanto berrido, por lo que me he visto obligada a colocarme los auriculares para escuchar música y pasar de todos.

Qué diferentes se ven las cosas según el estado de ánimo...

Bajo del autobús en la parada más cercana a mi casa y camino unos metros todavía aturdida. No acabo de creermelo el cambio que acaba de dar mi vida y apenas logro pensar en cómo voy a solucionar mi falta de ingresos. Cuando doblo la esquina de mi calle, diviso a una persona que me espera junto al portal del edificio donde vivo. Lo reconozco al instante y despotrico en voz alta, pues es la última persona en el mundo que me apetece ver en este momento.

—Lo que me faltaba —murmuro mientras me acerco—, el imbécil de Sebas otra vez. ¿Qué coño quiere este ahora? Joder, este día no puede ser más horrible.

—Hola, Sara —me saluda con su sonrisa traviesa y su cara de pillo. Como si yo no supiera qué esconde esa expresión pícara; como si hubiese olvidado lo que me hizo el dueño de esa bonita sonrisa—. ¿Qué tal estás?

—No creo que te importe una mierda cómo estoy —le respondo mientras hurgo en mi bolso con una mano para encontrar las llaves—. Y tampoco entiendo qué haces en

la puerta de mi casa otra vez. ¿Quieres olvidarme y dejar de acosarme, por favor?

—No te estoy acosando —me dice con un tono de angustia que no me va a engañar—. Únicamente creo que debemos hablar. No hemos hablado nada desde que lo dejamos, Sara, ni siquiera te has quejado, o me has insultado. Exterioriza lo que sientes, deja fluir la rabia que te oprime, desahógate...

—¡¿Que me desahogue?! ¡¿Que deje fluir mi rabia?! —Paro de buscar las llaves, agarro con fuerza mi caja de cartón y me vuelvo hacia él—. ¡¿Y qué quieres que te diga?! ¿Que eres un miserable y un cerdo mentiroso? ¿Un cabrón y un puto cretino? ¡Creo que todo eso ya te lo he dicho unas mil veces!

—Te he pedido perdón, Sara, esas mismas mil veces.

—¿Y eso es lo que te preocupa? —exclamo fuera de mí—. ¿Mi perdón? ¿Quieres sentirte mejor? Pues mira, no te lo mereces, pero, si de esa forma me vas a dejar en paz, estás perdonado. Y ahora —vuelvo a meter la mano en el bolso y encuentro el manajo de llaves—, lárgate de mi vista y no vuelvas.

—No se trata de sentirme mejor —insiste mientras introduzco la llave en la cerradura—. Quiero que tu perdón sea sincero, que volvamos a empezar de cero.

—¡¿De cero?! —exclamo—. ¡Contigo no empiezo nada ni de menos diez!

Con un portazo, cierro en sus narices y me dirijo a la escalera para subir hasta la vivienda. Si ya estaba rabiosa, ahora estoy que muerdo, por lo que, al entrar, suelto sobre la mesa del comedor la caja que contiene mis miserias. Rafa, mi casero y compañero de piso, me mira desde el otro lado de la mesa, donde parece estar repasando algunas facturas.

—Oh, oh —suelta—, eso suena a despido. ¿De cuál de tus dos trabajos te han echado?

—De los dos —suspiro mientras me dejo caer en el sofá.

—Joder... —suspira él también—. ¿Qué coño le está pasando al mundo...?

—Y para colmo —le digo—, Sebas ha vuelto a abor-darme en el portal. No lo he mandado a la mierda de mi-lagro.

—Haberlo hecho —me dice—. Demasiados gilipollas aguantamos ya como para tener revoloteando a uno más.

—¿Y por qué no habláis? —pregunta Ana, la mujer de Rafa, que acaba de aparecer en el salón. Ella, como siempre, es la voz sensata de esta casa.

—Lo que tienes que hacer es asestarle una buena pa-tada en los huevos, verás como así deja de molestar.

La que acaba de hablar es Vicky, la otra inquilina. Vic-ky tiene solo veinticinco años, pero ya arrastra un divorcio y un exmarido cabrón que le pegaba y al que tuvo los ovarios de denunciar a tiempo. Hasta que consiga un al-quiler social, decidió aceptar la oferta de esta pareja, puesto que su sueldo de limpiadora no le da para más.

Por cierto, mi independencia es bastante relativa, puesto que comparto piso con otras tres personas. Rafa y Ana son un matrimonio que, en tiempos boyantes, se compraron un precioso piso en Barcelona, muy céntrico, y que les costó un huevo y parte del otro. En aquella época ganaban grandes sueldos y les pareció que podrían permitirse una vivienda como la que habían soñado toda su vida. Pero llegó la crisis —o eso dicen—, y sus maravi-llosos trabajos desaparecieron. Ana, que era la directora de una inmobiliaria, se conforma ahora con trabajar en una pequeña gestoría haciendo más horas extras que un reloj y que acaba cobrando en tres plazos: tarde, mal y nunca. Y Rafa, reputado informático, trabaja ahora en casa, pues su compañía les exigió a los empleados que se hiciesen autónomos si no querían ser despedidos.

El primer problema con el que se encontraron fueron los pagos de la hipoteca. Pensaron en vender el piso, pero no les daban ni la mitad de lo que les había costado después de la explosión de la burbuja inmobiliaria. La única solución que se les ocurrió fue alquilar las dos habitaciones libres que les quedaban, y, de esa forma, seguir pagando la hipoteca antes de ser los protagonistas de un nuevo desahucio, de esos que todavía hay a diario.

La primera en llegar fue Vicky, justo después de dejar al cerdo del exmarido. Luego llegué yo, hace unos pocos meses. Fue cuando tuve que marcharme de mi apartamento de alquiler, después de encontrar a mi novio con mi amiga en mi propia cama.

—Ya no tengo nada de lo que hablar con él —le digo a Ana—. Puede que al principio resultara normal que me persiguiese y me pidiese perdón, una nueva oportunidad o lo que fuera, pero han pasado meses, Ana. Si me fue imposible perdonarlo entonces, imagina ahora, cuando cualquier rastro de amor que le tuviese ha desaparecido por completo.

—El muy capullo debe de creer que todavía tiene esperanza —interviene Vicky.

—Pues que espere sentado —le digo.

—¿Estás segura? —pregunta Ana—. Piénsalo bien, Sara. Llevabais cuatro años juntos, erais felices... Tal vez podríais intentarlo de nuevo.

—¡No! —grito—. ¡Ni hablar! ¡Me engañaba con otra, que además era mi amiga! Si al menos me lo hubiese dicho a tiempo él mismo, tal vez lo hubiese considerado, pero me mintió, Ana, durante meses de relación, y la mentira es lo único que soy incapaz de soportar. Si no hubiese sido por una simple coincidencia, tal vez todavía estaría protagonizando un trío sin saberlo.

—¡Bien dicho! —exclama Vicky—. ¡A la mierda los tíos que te ponen los cuernos! Lo mismo que los que te

levantan la mano, ¿quién te dice que no volverá a hacerlo? ¿Cómo vas a fiarte de él?

—¿Queréis dejar en paz a la pobre Sara? —interviene Rafa, al que hacía rato que no oíamos porque se había ido a la cocina a preparar la cena—. Preguntadle mejor por su problema laboral. Os recuerdo que se ha quedado sin trabajo.

—Es cierto —suspira Ana—. ¿Has pensado algo? ¿Tienes algún trabajo en ciernes?

—No —suspiro—, nada de nada. Pero tengo una carta de recomendación y creo que puedo redactarme un buen currículum, así que ya puedo ponerme manos a la obra.

—Sabes que si un mes no puedes pagarnos, no pasa nada —me dice Rafa desde la puerta de la cocina.

Ya está preparando algo de cena poco comestible, como siempre, puesto que forma parte de su equitativo reparto de tareas domésticas. Vicky y yo nos dedicamos a nuestras habitaciones y ayudamos a Ana en la limpieza del resto de la casa. Como Rafa es el que más horas pasa aquí, es el encargado de la compra y de cocinar. Me encanta cuando lo veo trajinar con cacerolas y sartenes, a pesar de la mala mano que tiene para la cocina. Resulta bastante chocante y divertida la imagen de un chico tan grandote, de cabello oscuro y poblada barba, con un delantal de color amarillo chillón donde puede leerse: «Por fin entendí que adobar no es hacer un PDF».

—Gracias, Rafa, eres un cielo. De momento, cobraré el desempleo hasta que encuentre algo. Espero que no sea mucho tiempo.

Pero planificar, la mayoría de las veces, no sirve de mucho.

* * *

Los primeros días me encargo de enviar docenas de currículums vía email. En cuanto concierto las primeras entrevistas, hago lo posible por ofrecer una buena imagen. Me visto con mis mejores trajes de chaqueta, medias, tacones y un perfecto maquillaje, dispuesta a comerme el mundo.

Pero es el mundo el que se me zampa a mí de un bocado.

—Hola, buenos días. Me llamo Sara García y tengo una entrevista de trabajo.

—Muy bien. Puede usted sentarse y esperar a que la llamemos.

Y mi ánimo se desparrama sobre el suelo cuando contemplo a cincuenta personas sentadas en la misma habitación, todas ellas con aquella mirada que comienza esperanzada y poco a poco se va volviendo más lúgubre y escéptica. Exactamente como mi ánimo después de la entrevista.

—Perfecto —suelen decirme—. Ya la llamaremos.

Pero no me han llamado, ni me llamarán a estas alturas.

Y así he pasado un mes infernal, con los pies destrozados, la ropa sudada y arrugada y los restos del maquillaje derretido. Así que decido que, para las siguientes entrevistas, me pondré unas sandalias más cómodas e iré con la cara lavada. Intento presentarme en lugares donde llevar el currículum en mano.

—Hola, buenos días. ¿Aceptan currículums? —he preguntado unas... ¿mil veces?

—Sí, bueno —contestan otras tantas, la mayoría de ellas con desidia, sin levantar la vista y hasta bufando por interrumpir su conversación de WhatsApp—, déjalo por ahí.

Al cabo de otro mes, decido ir a buscar trabajo con vaqueros, deportivas y el pelo recogido en una coleta, dejando currículums en cualquier parte y sin tener ni idea de para qué. Lo mismo cualquier día me llaman para dirigir

una prospección petrolífera en Alaska y me presento de inmediato en el helado estado americano, tal comienza a ser mi desesperación.

—Joder —me lamento tras algunos meses de infructuosa búsqueda—, esto es una mierda. Todas las personas que me aceptan el currículum parecen mirarme con lástima, como diciéndome: «En cuanto te des media vuelta, lo tiro a la papelera, como los otros cinco mil anteriores a ti que vinieron en busca de trabajo». ¡Que no les estoy pidiendo nada descabellado, joder, sino un puto trabajo! ¿No es un derecho?

—Cálmate, Sara —me dice Ana. A veces me exaspera esa tranquilidad que emana—. ¿Has intentado buscar en otros ámbitos?

—¡Pues claro! —contesto—. Fui dejando de ser selectiva conforme pasaba el tiempo. Después de descartar los trabajos más ideales, fui bajando el listón. He solicitado empleos de recepcionista o auxiliar de lo que sea. ¿Y de dónde creéis que vengo ahora? Pues de visitar cada polígono industrial de los alrededores de la ciudad, donde he preguntado en todas y cada una de las fábricas. Pero, nada, como si fuera invisible.

—Le he preguntado a mi jefe —me dice Vicky—, para ver si era posible que hubiese un hueco para ti, pero también están despidiendo a gente, hija. No te creas que en la limpieza está la cosa mejor.

—Podrías probar de camarera —comenta Rafa, que ya está preparando una de sus poco apetecibles cenas.

—Tal vez Sara no esté dispuesta a aceptar un empleo tan sacrificado —dice Ana—. Los horarios son inhumanos, los sueldos ínfimos y acabas destrozada de los pies y la espalda.

—Tengo veintinueve años —le digo molesta—. Seguro que podré con ello. Además —añado desesperada—, comienza ya la cuenta atrás de mi prestación, así

que no puedo ser tan selectiva. Repartiré pizzas, haré hamburguesas o lo que haga falta.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa del pequeño comedor y, como siempre, comenzamos a esparcir aquí y allá el contenido del plato. En esta ocasión se asemeja a una masa viscosa de color verde con ingredientes de origen desconocido que parecen moverse solos para escapar del plato. Pero, después de llevar viviendo aquí más de seis meses, todavía resulta un misterio para mí que nadie se haya quejado. Ni siquiera Vicky, que no se calla una. En mi caso, a pesar de tener la lengua un poco larga, ocurre que no soy capaz de quejarme si no lo hace ni su propia mujer. Precisamente, Ana acaba de darle un mordisco a una crujiente manzana. Tan fresca.

¿Qué le cuesta a su marido preparar un bocadillo de jamón y queso? ¿O de mortadela, dada nuestra mermada economía? Muchas veces he estado a punto de decírselo, pero contemplo cómo Ana pasa de comer nada de lo que él prepara y no me atrevo nunca a criticar sus horribles platos. Sencillamente, quitamos la mesa y tiramos los restos a la basura. O sea, todo.

—Joder, tía —le digo a Vicky—, me muero de hambre.

—Pues pillá una fruta, como hace Ana —me susurra—. Yo tengo un cajón del armario de mi dormitorio exclusivamente para paquetes de galletas y bolsas de patatas fritas.

—¿Y por qué Ana no le dice nada —pregunto—, si es ella la primera que no prueba los platos de su marido?

—Lo mismo que cuando Rafa no se queja de lo mal que plancha ella. Cosas del amor —suspira—. Qué envidia...

Lo mejor de las cenas con este grupo tan peculiar son las charlas que nos pegamos después. Hablamos de la actualidad o de nuestros propios problemas, por lo que todos ellos se han convertido en mi segunda familia.

—¿Has pensado en volver a casa de tus padres? —me pregunta Rafa en nuestra charla de hoy.

—Muy gracioso —le digo. Sabe perfectamente que no pienso volver allí y me lo pregunta para chincharme.

A ver, mis padres son un cielo, y mi pueblo una preciosidad, en un entorno paradisíaco en medio de los Pirineos, pero para ir de visita, alquilar una casa rural o ir de excursión, no para vivir. Me gusta la tranquilidad, pero eso ya es pasarse. Además, me fui de allí nada más acabar el instituto, hace unos doce años, para seguir estudiando, para tener más oportunidades, y ahora ya me siento parte de la Ciudad Condal.

Pero, que quede claro, que no quiera volver allí no significa que tenga problema alguno con mis padres ni nada parecido. Se trata de la sensación de fracaso que me invade al pensar que, si vuelvo, es porque no he sido capaz de mantenerme yo sola.

—Será mejor que nos vayamos a la cama —dice Ana mientras agarra de un brazo a su marido—. Sara necesita coger fuerzas para seguir mañana en su búsqueda interminable de empleo.

—Eso, nos iremos a la cama —mascullo—. Al menos, vosotros lo pasaréis mejor que Vicky y yo.

—Eso ni lo dudes —murmura Vicky después de que hayamos quitado la mesa y nos dirijamos a nuestras habitaciones—. Me parece que tú y yo nos estamos olvidando de lo que es el sexo, tía. Al menos, en mi caso, hace tanto tiempo que no veo a un tío en bolas que, como alguna amiga me invite a una despedida de soltera con algún espectáculo de *boys*, soy capaz de saltar al escenario y comer una locura —ríe.

—Qué me vas a contar —suspiro—. Desde el imbécil de Sebas no he querido ni pensar en tíos.

—Pues anda que yo...

—¡Lo que le hace falta a Sara es un buen polvo que la relaje un poco! —grita Rafa desde su habitación.

—¡Y a mí otro, no te jode! —exclama Vicky.

—¡Te he oído! —le grito a Rafa.

—¡Ya lo sé! —contesta él riendo—. ¡Y puedes ir tomando nota, que esta noche cae!

—¿Quieres callarte, idiota? —murmura Ana.

—Lo que nos faltaba —le digo a Vicky antes de entrar en mi dormitorio—. Oír a esos dos gimiendo.

—Yo me pongo mis auriculares y me conecto a YouTube —me dice con una mueca—. Ya que pagamos derecho a wifi, para estos casos va genial. Que no somos de piedra, coño.

Yo opto por tumbarme en mi cama y taparme la cabeza con la almohada, porque ni ver vídeos me apetece hoy.

Realmente, tal como dice Vicky, llevo varios meses de sequía, pero después de la decepción que supuso para mí el engaño de mi novio, pasé por una fase de odio a los tíos que todavía me dura. ¿Cuánto tiempo hace ya? Pues, en mi caso, más de seis meses, el tiempo aproximado que hace que lo dejé con Sebas. Y no me quejo de la escasez de sexo por ser una mujer experimentada y con un largo repertorio de amantes, pero, oye, a todo se acostumbra una, y ya llevaba cuatro años de relación. Una relación en la que pensé que había encontrado a esa persona afín a mí, desde el día que conocí a mi exnovio.

Sebas y yo nos conocimos un día que yo correteaba por Barcelona intentando coger el metro a tiempo. De pronto, se me cruzó por delante como un rayo montado en bicicleta y, cuando quise darme cuenta, ya lo tenía encima. Me vi arrojada al suelo sin piedad, con un dolor punzante en la muñeca, mi cara arañada y mis rodillas magulladas.

—¡Imbécil! —le grité a punto de llorar por el dolor—. ¿Por qué no miras por dónde vas?

—Pero ¿qué dices? ¡Si te me has echado encima! —Se agachó frente a mí, me levantó la barbilla con un dedo para comprobar mis heridas y, para mi asombro, me sonrió.

—¿Por qué te ríes, gilipollas?

—Porque hace poco una amiga me predijo que el amor me vendría de golpe y porrazo. Y no pudo ser más exacta.

Lo miré y ya no pude dejar de hacerlo. Sus pícaros ojos azules, su cabello dorado y su tierna sonrisa me desarmaron por completo. Han sido cuatro años de intentar con todas mis fuerzas que nos fuera bien, de esforzarme en pasar por alto su inmadurez y su informalidad. Vale que una relación haya de trabajarse día a día, pero aquello semejaba ya una condena a trabajos forzados, y yo ya empezaba a agotarme. A pesar de todo, si no me hubiese engañado, posiblemente nunca habría dado el paso de dejarlo, acostumbrada como estaba a él y a sus continuas idas y venidas, a no pensar en el futuro, a no centrarse pese a haber pasado ya de los treinta.

Ahora, después del dolor que sentí en su momento, después de las lágrimas que derramé durante interminables noches enteras, creo que ha sido lo mejor para los dos. Ya ni siquiera siento rencor por haberlo encontrado en nuestra cama con mi amiga. Lo que creo es que el destino se encarga a veces de poner las cosas en su sitio.